

**VIRGEN DEL MAR
PATRONA DE SANTANDER
1 de junio de 2009**

**+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander**

“Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel, alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén”. (Sofonías 3, 14). Una multitud de hijos, Virgen del Mar, vienen jubilosos a ti.

Con esta exclamación del profeta Sofonías en la primera lectura saludamos esta mañana, lunes de Pentecostés, a nuestra Madre y Reina, la Virgen del Mar, Patrona de Santander en el día grande su fiesta.

Aquí estamos a tus plantas, Virgen del Mar, el clero, autoridades, miembros de vida consagrada y el pueblo fiel; el Cabildo Catedralicio y el Ayuntamiento de la Ciudad de Santander para la renovación del secular Voto por los favores recibidos.

Aquí está el pueblo de San Román de la Llanilla y de la ciudad de Santander, con sus pueblos Cueto, Monte y Peñacastillo.

Aquí está la Hermandad de la Virgen del Mar, renovada en su Junta Directiva, erigida canónicamente con los fines de culto, caridad y apostolado, que trata de difundir el mensaje del Evangelio: el Reino de Dios, desde el testimonio de la fe católica (cfr. Estatutos, artº. 1).

Estamos participando en la Eucaristía, memorial sacramental de la muerte y resurrección del Señor Jesús, fuente y cumbre de la vida cristiana y de la misión de la Iglesia, en la que participa la Banda Municipal y la Coral Santa Catalina, delante de la Ermita-santuario, situada en esta bella isleta en la costa Norte de Santander y ante la Imagen gótica de nuestra Señora del Mar, con el Niño Jesús sentado sobre sus rodillas mirando al frente. Después la llevaremos en procesión, acompañada por los niños de primera Comunión, el Grupo de Danzas La Milagrosa, la Hermandad nuestra Señora del Rocío de Santander y todos los peregrinos y romeros.

La Virgen del Mar es *faro* de la luz de Cristo que nos guía a nosotros “navegantes” en los “mares” de este mundo y *guía*, que orienta a los peregrinos. A su presencia acudían tripulaciones de barcos, tras las angustias sufridas en el mar. Y durante las terribles pestes que asolaron Santander a partir del siglo XVI está documentada la bajada de la Imagen a la Villa para solicitar su maternal protección contra la enfermedad.

La Virgen del Mar, peregrina de la fe

El Evangelio de San Lucas sobre la Visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel, que acabamos de proclamar, nos presenta a María como peregrina del amor. Pero su prima Isabel atrae la atención hacia su fe y, refiriéndose a ella, pronuncia la primera bienaventuranza: ¡ “Dichosa tú, que has creído” . Esta expresión es “como una clave que nos abre a la realidad íntima de María” (RM, 19). El Concilio Vaticano afirma: “la bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG, 58). La Anunciación “es el punto de partida de donde inicia todo el camino de María hacia Dios” (RM, 14): un camino de fe, que conoce el presagio de la espada que atraviesa el alma (cfr. Lc 2, 35), pasa por los difíciles caminos de la emigración a Egipto y de la oscuridad interior, cuando María “no entiende” la actitud de Jesús a los doce años en el templo, pero conserva “todas estas cosas en su corazón” (Lc 2, 51). En la penumbra se desarrolla la vida oculta de Jesús en Nazaret,

viviendo el misterio de la cruz. Ciertamente, en la vida de María no faltan ráfagas de luz, como en las bodas de Caná (cfr. *Jn* 2, 1-12). En el mismo contrapunto de luz y sombra, de revelación y misterio, se sitúan las dos bienaventuranzas que nos refiere San Lucas: la que dirige a la Madre de Cristo una mujer de la multitud. “Dichoso el vientre que te llevo y los pechos que te amantaron” (*Lc* 11, 27) y la que destina Jesús a “los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen” (*Lc* 11, 28). La cima de esta peregrinación terrena en la fe es el monte Calvario, donde María vive íntimamente el misterio pascual de su Hijo: en cierto sentido muere como Madre al morir su Hijo y se abre a la “resurrección” con una nueva maternidad respecto a la Iglesia (cfr. *Jn* 19, 25-27). En el Calvario María experimenta la noche oscura de la fe y, después de la iluminación de la Pascua y de Pentecostés, sigue peregrinando en la fe hasta la Asunción en cuerpo y alma a los cielos, cuando el Hijo la acoge en la bienaventuranza eterna.

La Virgen del Mar cerca de Dios y cerca de los hombres

La Iglesia nos invita a acudir a la Virgen María, que está cerca de Dios y cerca de los hombres. Desde el cielo no se desentiende de sus hijos de la tierra. La Iglesia ve a María presente como Madre e Intercesora en los complejos problemas de los individuos, las familias y los pueblos. La ve socorriendo al pueblo cristiano en su lucha incesante contra el mal y en todas las necesidades materiales y espirituales de sus hijos.

La Virgen del Mar nos ayuda en esta hora a no dejarnos dominar por el miedo y la desesperanza ante las dificultades actuales y a comprometernos en la construcción de un mundo nuevo en paz, sin violencia y terrorismo, más justo, más fraterno, más solidario, especialmente en este momento de crisis económica, en la que los cristianos y los hombres de buena voluntad tenemos que ser buenos samaritanos, que curan las heridas de los tirados en la cuneta del paro, poniendo en ellos el aceite del consuelo, el vino de la esperanza y el reparto de nuestros bienes, para que no haya ricos epulones junto a mendigos lázaros.

La Virgen nos invita a poner la esperanza sólo en Dios, que “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (*Lc* 1, 52). La Madre de Dios nos mueve a transformar con la fuerza del evangelio de su Hijo Jesús los criterios de juicio, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación (cfr. *EN*, 19).

Conclusión. Hermanos: en el día de la fiesta grande de la Virgen del Mar en este año, en que se conmemora el 30º aniversario de la proclamación oficial como Patrona de Santander, como vuestro Obispo y Pastor os exhorto a todos los fieles a celebrar esta fiesta como un momento fuerte de gracia, que nos conduzca a lo largo de todo el año a conocer más y mejor la Palabra de Dios, a celebrar bien los sacramentos, sobre todo la Eucaristía y la Penitencia, como misterios de fe y de gracia, y no como costumbre social, y a comprometernos en el servicio de la caridad, que es plenitud de la justicia, con nuestros hermanos, especialmente con los más pobres y necesitados. En este día os invito a tener un encuentro con la Virgen del Mar, la “llena de gracia”, la “bendita entre todas las mujeres” de todos los tiempos y lugares de la tierra.

¡Virgen del Mar!, ¡Señora y Madre nuestra!. Haznos fuertes en la fe para ser testigos valientes y alegres de tu Hijo en la Iglesia y en el mundo. Alienta nuestra esperanza en los avatares de la vida. Mantén vivo el fuego del amor en nuestros corazones para hacer visible la nueva humanidad del Reino de Dios. Y, en todo momento, mientras cruzamos el mar de la vida, ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo nuestro Señor. Amén.